

PRECIOS

EN MADRID.—Tres meses, 9 rs.—Seis id., 16.—  
Un año, 30.—PROVINCIAS.—Tres meses, 10 rs.—  
Seis id., 18.—Un año, 34.—AMÉRICA.—Seis me-  
ses, 38.—Un año, 70.—FILIPINAS.—Seis me-  
ses, 60.—Un año, 100.  
Anuncios á real y medio linea.

PRECIOS

EXTRANJERO.—Tres meses, 22 rs.—Seis id., 38.—  
Un año, 74.—FRANCIA.—Pueden hacerse las  
suscripciones enviando á esta Administracion el  
importe en sellos franceses del correo.—Se sus-  
cribe en la HABANA: Propaganda literaria, ca-  
lle de O'Reilly, núm. 54.



NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.—DIRECCION Y ADMINISTRACION: Calle de las Huertas, número 40, cuarto bajo.—NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.

COSAS DEL DIA

Aquí no sucede nada.  
Todo marcha á las mil maravillas.  
La Tertulia progresista está satisfecha del desgobierno que nos destruye.  
Los patriotas continúan repartiéndose bonitamente el presupuesto.  
Las arcas del Tesoro no tienen un cuarto.  
Los maestros de escuela siguen muriéndose de hambre con toda tranquilidad.  
Los fondos públicos continúan en baja.  
Las clases pasivas de provincias aún no han entrado

en el invierno, porque están cobrando las pagas de Setiembre y Octubre.  
El cupon de Enero se paga todo lo más despacio posible.  
El orden público se parece á las gentes de mal vivir, en que siempre está amenazado.  
Los periódicos ministeriales, dos por junto, porque no contamos á los que no tienen suscritores, aseguran que vivimos en el mejor de los mundos posibles.  
Y esos dos apreciables diarios siguen diciendo que los que no nos entusiasamos con la situación somos poco menos que unos pillos.  
En una palabra, nos hallamos en plena España progresista.  
En todas partes se habla de crisis.

Los ministeriales para negarla, y los no ministeriales para asegurar que existe.  
Unos dicen que el ministerio se reformará en sentido conservador.  
Otros aseguran que se formará un gabinete radical puro.  
Nosotros nos atrevemos á decir que no se organizará un gobierno bueno.  
Lo más probable es que siga la conciliación, porque dados los elementos que constituyen la mayoría del Congreso, no parece posible otra cosa.  
Para el caso probable de una derrota parlamentaria, ya se designa á D. Salustiano, el del borrego, para sustituir al duque de la Torre.  
¿Un paisano presidente del Consejo de Ministros?

— 52 —

sido tan de vuestro gusto... Espero daros pronto una nueva lección... ¡Con un maestro como yo, dentro de poco llegareis á ser una notabilidad!

Al acabar de pronunciar estas palabras, se cuadró, colocó su mano izquierda sobre la cadera, arqueó el brazo derecho como si fuera á tirar de la espada; pero en vez de sacar á Orlanda se llevó la mano al sombrero, hizo un profundísimo y respetuoso saludo á Blanca, y pasando con rapidez por delante de Margarita, que en vano le quería retener, se dirigió hácia la puerta y bajó rápidamente la escalera, murmurando entre dientes su famosa canción:

*Mi paloma alzó su vuelo;  
¿Hacia dónde marchará?*

CAPITULO VI.

El enamorado.—Murmuraciones.

La barbería estaba llena de gente de todas las clases de la sociedad: estudiantes, pajes, poetas, bachilleres, aventureros y jóvenes de la corte se encontraban en ella; pues en aquellos tiempos se permitían los jóvenes de buen tono mezclarse con la clase más baja de la sociedad, ya para buscar nuevas sensaciones escuchando su picante lenguaje, ó ya para jugar alguna mala pasada á la gente con que se mezclaban.

La tienda del maestro Touquet era bastante grande, y estaba guarnecida de banquetas, lo cual no dejaba de ser un lujo en aquella época, en que ni en los espectáculos había costumbre de sentarse.

El barbero servía con prontitud á sus parroquianos, respondía á todos los que le hablaban, y valía, en fin, por diez peluqueros de hoy día. Su mano experimentada y ligera le había creado la reputación de uno de los primeros barberos de París, lo cual hacía que todo el mundo acudiera á su barbería para poder tener el gusto de decir acariciándose el bigote: *Me ha afeitado Touquet*. Aquellos que ya estaban servidos se solían quedar algunas veces largo rato charlando con las personas que esperaban les llegara su vez, y contándose mutuamente las novedades del día y las aventuras de la pasada noche. A las diez de la mañana era cuando se veía más gente en la tienda de M. Touquet.

— 49 —

—¿Qué lástima que yo no sepa el italiano!...  
—¿Cómo! ¿El italiano para decir

*A su nido volverá?*

—¡Callaos!... ¡Callaos!... ¡Ahora cantan en francés!... dijo Blanca aproximándose más á los vidrios de su ventana, y haciendo señas á Chaudoreille con la mano para que se callara.

—¿Qué decís? exclamó el maestro de arpa, levantándose sorprendido. ¿Que me calle?... ¿Quizás os impresiona demasiado?... Llévase el diablo á todos los músicos ambulantes, que son los que os impiden que me oigais.... No sé cómo me contengo para no bajar y apalearlos ante vuestros ojos.

—Si yo me atreviera á abrir mi ventana!... dijo Blanca suspirando; ¡pero no! ¡M. Touquet me lo ha prohibido!... ¡Qué canción tan bonita!... ¡No se me olvidará!...

*El amor es á la vida  
lo que á la tierra es el sol.*

—Sí; este es el estribillo.  
—No, encantadora Blanca; no es así, es de otra manera:

*Mi paloma alzó su vuelo;  
¿Hacia dónde marchará?*

Los músicos ambulantes se alejaron en aquel momento. Blanca se apartó de la ventana, y al volverse vió á Chaudoreille que alargaba el cuello para dar más expresión á su canto, no pudiendo contener una carcajada al contemplar la estrambótica figura del caballero, el cual se quedó con la boca abierta, no sabiendo cómo debía tomar la risa de la joven.

En esto entró Margarita en la habitación.  
—¡Al fin lo he quemado! exclamó la vieja al entrar.  
—¿Pero qué habeis quemado? preguntó Chaudoreille.  
—¿Me preguntáis qué he quemado?... ¡He quemado un libro de sortilegios!... ¡Un libro de magia!... Bastante trabajo me ha costado el conseguirlo... ¡están esos libros tan acostumbrados al fuego!...  
—¿Qué decís, Margarita? ¿teneis libros de magia?... vos que tembláis

A diamusquina me huele.  
Porque eso sí, nosotros somos muy ilustrados y muy liberales y todo lo que se quiera, pero en no mandando un espadon cada uno sale por su lado y esto se convierte en merienda de negros.

Y el que lo dude no tiene más que recordar la historia. Dos ministerios de alguna duración ha tenido Doña Isabel II presididos por paisanos. El primero, el del conde San Luis, cayó en 1854 á consecuencia de una insurrección militar, y el de D. Luis Gonzalez Brabo nos trajo este berengenal, de que aún no se sabe cómo ni cuándo saldremos.

Nada ménos que diez y ocho provincias van á cambiar de gobernadores.

En España se hace un consumo extraordinario de estas autoridades.

Cada dos ó tres meses hay una contradanza.  
Desde la gloriosa hemos perdido la cuenta de los que han ceñido el fajín verde y empuñado el baston con borlas.

Parece mentira que haya tantos españoles que sepan leer y escribir, porque se nos figura que ya que no otra cosa les exigirán al ménos que sepan eso.

Y ¡qué personal, caballeros, qué personal!  
Dentro de pocos días van á soltar por esos mundos de Dios cada bando que arderá en un candil.

Ya nos estamos relamiendo de gusto al pensar en las alocuciones que nos esperan.

Porque la prensa de provincias no dejará de insertarlas.

Y habrá alguna que merezca los honores de copiarse en todos los periódicos.

Y se copiará.

¡A Vds. les parecía que en las elecciones había habido muchos gatuperios?

Pues nada, como quien dice, no ha habido nada.

Un periódico nos dá la noticia de que apenas habrá veinte actas que parezcan graves á la comisión encargada de examinarlas.

Puede que hayan sido más los muertos que las actas graves que ha producido la última campaña electoral.

Y ya verán Vds. cómo todas las ilegalidades las han cometido los pícaros opositores.

Porque los ministeriales... ¿Cuándo se ha visto que un ministerial haga nada malo?

Los obreros de San Martín de Provensals se han declarado en huelga.

Y la cosa debe ser tan grave, que las autoridades de Barcelona han tenido que enviar tropas por lo que pueda tronar.

Sin duda les ha seducido el ejemplo de los operarios de los Sres. Batlló.

Probablemente en San Martín tendrán que cerrarse también algunas fábricas.

Es lo mejor.

Como nuestra industria anda tan lucida y el país está rico, lo que hay que hacer es que en cada población se cierre una fábrica, y así no moriremos de plétora de dinero.

¡Qué disposiciones tan felices tenemos los españoles para hacer disparates!

En diciendo que una cosa nos perjudica ya estamos todos rabiando por hacerla con la mayor perfección.

Y así estamos tan perfectamente arruinados.

Lo de Francia no va bien.

El día 2 se rompió el fuego contra los rebeldes de París y todavía no ha cesado.

Si todos los franceses hubieran empleado contra los prusianos el coraje que emplean en combatir unos contra otros, no le hubiera sido tan fácil á D. Guillermo vencerlos y aniquilarlos.

Pero no señor.

La maldita política lo ha dispuesto de otro modo.

Cuando se trataba de la patria todos han mirado impasible cómo la pisoteaba un enemigo extranjero.

Ahora que en resumidas cuentas se trata de quién ha de repartirse el presupuesto, todos pelean con encarnizamiento.

Lo hemos dicho muchas veces desde que comenzaron los desastres de esa desventurada nación.

Lo que ha faltado en Francia es patriotismo.

Desde la primera derrota del ejército frances, en vez de pensar en salvar la patria todos pensaron en hacer triunfar á su partido.

Los bonapartistas no se ocuparon más que del imperio.

Y los antibonapartistas sólo pensaron en derribarlo.

Por supuesto que nosotros debíamos escarmentar en cabeza ajena.

«Cuando la barba de tu vecino veas pelar, pon la tuya á remojar,» dice un adagio.

Aquí es verdad que por ahora no tenemos hulanos que nos amenacen.

Pero la bancarota y la anarquía llaman á nuestras puertas.

Y en cuanto á política tenemos la bastante para perder no solo á España, sino á todo el mundo.

Nuestros partidos son ciento y la madre.

Y el que más y el que ménos cuando vea la patria al borde del abismo es capaz de armar un escándalo por el modo de respetar los derechos individuales.

A propósito de los tales derechos.

Parece que algunos diputados quieren que se reforme la ley electoral, limitando el derecho de sufragio á los que sepan leer y escribir.

Nos parece perfectamente.

Pero si á los que no tengan esos conocimientos se les priva del derecho electoral, ¿qué se hará á los alcaldes que piden muy serios que se supriman las escuelas de primeras letras?

Habría que prohibirles comer pan de trigo, y aún nos parece poco.

### UN ELEGANTE.

- Señorito.
- ¿Qué hay?
- Aquí está el zapatero.
- ¿Qué quiere?
- Dice que trae una cuenta.
- Dile que no estoy en casa.
- La portera le ha dicho que acababa V. de entrar.
- Di que me he puesto enfermo.
- Está muy bien.

- ¿Otra vez aquí? ¿qué quieres?
- Es que ese hombre dice que necesita cobrar hoy mismo, que tiene que pagar la contribución y no tiene un cuarto.

siempre que ois hablar de hechiceros y encantadores queréis quizás entablar relaciones con los espíritus del otro mundo?...

—¡Dios me libre, señor Chaudoreille!... pero os voy á contar cómo ha venido ese libro á mis manos, en las que ha estado muy poco tiempo, porque me parecía que me quemaba los dedos... Mi amo se empeñó en que habia de cambiar de departamento porque dice..., pero esto no hace al caso... En fin, tuve que abandonar mi habitación é irme á una en donde desde hace ocho años que estoy aquí nadie ha entrado en ella, y á juzgar por su abandono hacia muchos más que no se la habia visitado; además, es muy triste, muy oscura, y los cristales, que tienen dos pulgadas de polvo, apenas dejan penetrar un rayo de sol...

—¡Dios me perdone!... pero me parece que me vá á referir todas las telas de araña que ha encontrado... ¿No sois de mi mismo modo de pensar, hermosa discípula?

Blanca no respondió nada, porque no habia prestado atención á lo que habia dicho Margarita; sólo pensaba en retener el estribillo que tanto le gustaba, y el cual no cesaba de repetir por lo bajo.

Chaudoreille al verla tan distraída, no quiso interrumpirla, persuadido de que la jóven no habia podido resistir á los encantos de su romance.

—No se trata de arañas, dijo la vieja criada de bastante mal humor, ¡si yo no hubiera visto más que arañas!... Pero en el fondo de un armario he encontrado la señorita Blanca el libro mágico de un hechicero llamado Odoard; ¿habeis oído hablar alguna vez de ese hechicero?

—No, no lo he conocido... si me hablarais de algun hombre valiente, de seguro que le conocería; ¡pero de un hechicero!... ¡cómo diablos queréis que le conozca!... ¡esas gentes no se baten nunca!

—¡Oh! Sr. Chaudoreille, vos que sois tan valiente... si quisierais hacerme un favor...

—¿De qué se trata? dijo el caballero prestando más atención á las palabras de Margarita.

—Después de haber quemado el libro de ese Odoard, continuó la vieja, he echado agua bendita por todas partes.

—¿Y después?

—Después he visto en el fondo de la alcoba una puerta pequeña, cuya existencia apenas se puede sospechar... sin embargo, aunque vieja, tengo muy buenos ojos... y la he visto al aproximarme al lecho...

—Adelante, dijo Chaudoreille, en cuyos ojos se veía una inquietud que en vano queria disimular.

—Pues bien; no me he atrevido á abrir la puerta á que me refiero, la cual debe dar á otro gabinete... ¡si vierais qué oscura y qué triste es la alcoba!... En fin, os agradecería que subieseis conmigo, que abrierais la puerta y que entrarais el primero en la habitación á que debe dar paso... porque francamente, no me atrevo á decirselo á M. Touquet, porque se burlaría de mí...

—Y tendria mucha razon... ¡cómo! ¡Margarita!... ¡tener tan poco valor á vuestra edad!...

—¿Qué queréis? temo que en ese gabinete haya algun alma en pena ó alguna bruja que me salte á la cara al abrir esa puerta que hace tantos años que no se abre; porque nunca he visto á M. Touquet entrar en esa habitación.

—Y qué, ¿las brujas no pueden pasar por el agujero de una cerradura?.. Id, Margarita, sois una visionaria, y me avergüenzo de vuestro espíritu pusilánime...

—No me negareis que hay en París una infinidad de hechiceros, pues si no no hubieran establecido en el Arsenal un tribunal solamente para juzgarlos.

—Ciertamente, pero no sé qué motivos teneis para sospechar que los haya en esta casa.

—¡Ah! ¡señor Chaudoreille!... si yo os dijera todo lo que he visto y oído... por las noches siento algunos rumores...

—¿Qué es lo que has visto? dijo Blanca que acababa de oír las últimas palabras de la vieja.

—Nada... nada... señorita... Y Margarita añadió muy bajo dirigiéndose al caballero:

—Mi amo no quiere que hable de eso y se incomodaría muchísimo si supiera...

—¡Comprendo!... Con eso me basta, dijo Chaudoreille levantándose y cogiendo su sombrero; y puesto que Touquet os prohíbe que habléis de esas cosas, hacedme el favor de no marearme más con vuestras tonterías...

—¿Pero subireis conmigo para visitar ese gabinete?... ¿no es verdad?

—Lo siento, pero son las diez y debía ya estar en la Cité; no he recibido diez escudos por escuchar vuestros cuentos de vieja. Hasta la vista, hermosa discípula... estoy encantado con que mis últimas variaciones hayan



